

traje de representantes, y asegúrase que hasta el mismo Drouet, quien se ocultó en París después de escaparse. Patrullaba por París un oficial de la guardia del Directorio, á la cabeza de diez jinetes, cuando recibió la noticia de haberse formado un grupo en Vaugirard: acudió al instante, seguido de sus pocos hombres; mas apenas llegó, recibiéronle con una descarga, y acometido por doscientos hombres armados vióse en la precisión de huir á toda brida. Acto continuo fué á poner sobre las armas á la guardia del Directorio, enviando un oficial al campamento de Grenelle para dar aviso. Los patriotas no perdieron tiempo, y una vez dada la alarma, marcharon presurosos á la llanura de Grenelle en número de algunos centenares; dirigiéronse hacia el cuartel del 21 de dragones, antes legión de policía, y trataron de sobornar á éstos diciendo que iban á fraternizar con ellos. El jefe de escuadrón Malo, que mandaba este regimiento, salió al punto de su tienda, saltó sobre su caballo sin acabar de vestirse, y reuniendo á su alrededor á varios oficiales y á los primeros dragones que halló, cargó á sablazos contra los que proponían fraternizar con él. Este ejemplo decidió á los soldados, quienes montando á su vez rápidamente cayeron sobre el grupo y dispersáronle muy pronto. Resultaron muertos ó heridos muchos individuos, y se detuvo á ciento treinta y dos. El rumor de la lucha despertó á todo el campamento, que se puso al instante sobre las armas, sembrando la alarma en París; pero muy pronto se restableció la tranquilidad al saber el resultado y la locura de la tentativa. El Directorio mandó encarcelar por lo pronto á los prisioneros, y pidió después á los dos Consejos autorización para hacer visitas domiciliarias y apoderarse en ciertos barrios de muchos sediciosos que por sus heridas no pudieron salir de París. Habiendo formado parte de un grupo armado, debían comparecer ante los tribunales militares, y fueron entregados á una comisión que comenzó por mandar fusilar algunos. Aún no se había acabado de organizar el supremo tribunal nacional, y se recomendó su inmediato establecimiento para dar principio al proceso de Babœuf.

Esta intentona fué apreciada en lo que valía, considerándose como una de esas imprudencias que caracterizan á un partido expirante. Únicamente los enemigos de la revolución afectaron dar al hecho una gran importancia, para tener una nueva oportunidad de atribuirle el terror y propalar alarmas. Sin embargo, el suceso intimidó poco en general, y este inútil ataque demostró, mejor aún que todos los demás triunfos del Directorio, que su establecimiento era definitivo y que los partidos debían renunciar á derribarle.

Tales eran los acontecimientos que ocurrían en el interior.

Mientras que en el exterior iban á empeñarse nuevos combates, preparábanse en Europa importantes negociaciones. La república francesa estaba en paz con varias potencias, mas no había hecho alianza con ninguna: los detractores que decían que jamás sería reconocida alegaban ahora que nunca tendría aliados; mas para contestar á estas insinuaciones malévolas, el Directorio pensaba en renovar el pacto de familia con España, proyectando una cuádruple alianza entre Francia, España, Venecia y la Puerta. Por este medio, dicha alianza, compuesta de todas las potencias del Mediodía

contra las del Norte, dominaría en el Mediterráneo y en el Oriente, inquietaría á Rusia amenazando al Austria por la espalda y suscitaría una nueva enemiga marítima á Inglaterra, sin contar las grandes ventajas que resultarían para el ejército de Italia, asegurándole el apoyo de las escuadras venecianas y treinta mil esclavones.

La España era entre todas las potencias la que más fácilmente se decidiría, por tener contra Inglaterra resentimientos que databan desde el principio de la lucha; los principales eran la conducta de los ingleses en Tolón y el secreto que se guardó con el almirante español respecto á la expedición de Córcega; pero aún tenía otros más graves desde la paz con Francia. Los ingleses habían insultado á su pabellón en los mares, apoderándose de las municiones que la estaban destinadas; violaron además su territorio, á fin de ocupar puntos amenazadores para ella en América, é infringieron las leyes de aduanas en sus colonias, tratando abiertamente de promover una sublevación. Estas causas de descontento, y las brillantes ofertas del Directorio, que le prometía posesiones en Italia, así como las victorias, que hacían creer en el cumplimiento de las ofertas, decidieron por fin á España á firmar, el 2 fructidor (19 agosto), un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Francia, sobre las bases del pacto de familia. Según dicho tratado, las dos potencias se garantizaban mutuamente todas sus posesiones en Europa y en las Indias; prometíanse un auxilio recíproco de diez y ocho mil hombres de infantería y seis mil caballos, quince navíos de alto bordo, otros tantos de setenta y cuatro cañones, seis fragatas y cuatro corbetas. Este socorro debía proporcionarse á la primera demanda de aquella de las dos potencias que estuviese en guerra.

Se enviaron después instrucciones á nuestros embajadores para hacer comprender á la Puerta y á Venecia las ventajas que resultarían para ellas de semejante alianza.

La república francesa no estaba, pues, aislada, y había suscitado contra Inglaterra una nueva enemiga. Todo indicaba que la declaración de guerra de España á dicha potencia seguiría muy pronto al tratado de alianza con Francia.

El Directorio se ocupaba al mismo tiempo en suscitar otras dificultades á Pitt. Hoche se hallaba á la cabeza de cien mil hombres, diseminados en las costas del Océano: la Vendée y la Bretaña estaban sometidas, y tenía ardientes deseos de emplear sus fuerzas de una manera digna de él, agregando nuevas hazañas á las de Wissemburgo y Landau. En su consecuencia, sugirió al gobierno un proyecto que meditaba hacía largo tiempo, el de emprender una expedición á Irlanda. Ahora, decía, que se ha rechazado la guerra civil en las costas de Francia, sería preciso trasladar esta calamidad á las costas de Inglaterra, y sublevando á los católicos de Irlanda, devolver los males que nos había hecho al insurreccionar el Poitou y la Bretaña. El momento era favorable: los irlandeses estaban más indispuestos que nunca contra la opresión del gobierno inglés; el pueblo de los tres reinos sufría horriblemente á consecuencia de la guerra; y agregando una invasión á los otros males que ya estaba padeciendo, podría llegar la desesperación á su colmo. Los recursos financieros de Pitt

eran dudosos, y la empresa dirigida por Hoche podía tener las más grandes consecuencias. El proyecto fué aprobado al punto: el ministro de Marina Truguet, excelente republicano y hombre capaz, le secundó con todas sus fuerzas; y después de reunir una escuadra en el puerto de Brest, hizo todos los esfuerzos que permitía el estado de la hacienda para armarla convenientemente. Hoche reunió también las mejores tropas de su ejército, y acercólas á Brest para embarcarlas, habiéndose tenido cuidado de propalar antes diversos rumores, tan pronto el de una expedición á Santo Domingo, como el de un desembarco en Lisboa, para expulsar de Portugal á los ingleses con el auxilio de España.

Inglaterra, que sospechaba el objeto de estos preparativos, estaba verdaderamente alarmada: el tratado de alianza ofensiva y defensiva entre España y Francia le presagiaba nuevos peligros, y hacíanle temer las derrotas de Austria la pérdida de su poderosa y última aliada. Su hacienda, sobre todo, hallábase en el mayor apuro; el Banco había reducido sus descuentos; los capitales comenzaban á faltar, y habíase suspendido el empréstito abierto por el emperador á fin de que no saliesen nuevos fondos de Londres. Los puertos de Italia estaban cerrados para los navíos ingleses, los de España lo estarían pronto y los del Océano habían sido cerrados hasta Texel; de modo que el comercio de la Gran Bretaña se veía singularmente amenazado. A todas estas dificultades agregábanse las de una elección general, pues el Parlamento llegaba á su séptimo año, y era preciso elegirle por completo. Las elecciones se hacían en medio de gritos de maldición contra Pitt y contra la guerra.

El imperio había abandonado casi del todo la causa de la coalición; los estados de Baden y de Wurtemberg acababan de firmar la paz definitiva, permitiéndoles á los ejércitos beligerantes el paso por su territorio. Austria estaba muy alarmada al ver dos ejércitos franceses sobre el Danubio, y un tercero en el Adige, que parecía cerrar la Italia. Había enviado á Würmser con treinta mil hombres para recoger varias reservas del Tirol, reunir y reorganizar los restos del ejército de Beaulieu y bajar á Lombardía con sesenta mil soldados. Por esta parte creíase menos en peligro y estaba más tranquila; pero temía mucho por el Danubio, y fijaba en él toda su atención. A fin de evitar los rumores alarmantes, el consejo áulico había prohibido en Viena hablar de los acontecimientos políticos; y después de organizar una leva de voluntarios, trabajaba con actividad notable en equipar y armar nuevas tropas. Catalina, que prometía siempre y no cumplía nunca, prestó un solo servicio, garantizando las Galitzias al Austria, lo cual permitió retirar las tropas que allí se hallaban, para encaminarlas hacia los Alpes y el Danubio.

Así, pues, Francia atemorizaba por todas partes á sus enemigos, y esperábase con impaciencia lo que iba á decidir la suerte de las armas á lo largo del Danubio y del Adige. En la inmensa línea que se extiende desde Bohemia al Adriático, tres ejércitos iban á chocar contra otros tres, resolviendo la suerte de Europa.

En Italia se negoció mientras se esperaba el momento de renovar las hostilidades: habíase hecho la paz con el Piamonte, y hacía dos meses que siguió un tratado al armisticio, tratado en que se estipulaba la cesión definitiva del ducado de Saboya y del condado de Niza

á Francia; la destrucción de los fuertes de Suse y Brunette, situados en la desembocadura de los Alpes; la ocupación durante la guerra de las plazas de Coni, Tortona y Alejandría; el libre paso para las tropas francesas por los Estados del Piamonte, y las fornituras necesarias para estas tropas durante el trayecto. A instigación de Bonaparte, el Directorio hubiera querido además una alianza ofensiva y defensiva con el rey del Piamonte, para tener diez ó quince mil hombres de su ejército; pero este príncipe pedía en cambio la Lombardía, de la que Francia no podía disponer aún, y de la cual pensaba siempre utilizarse como equivalente de los Países Bajos. Rehusada esta concesión, el rey no quiso consentir en una alianza.

El Directorio no había concluido aún nada con Génova; discutíase siempre acerca del llamamiento de las familias desterradas, la expulsión de las feudatarias de Austria y de Nápoles y la indemnización por la fragata *Modesta*.

Las relaciones eran amistosas con Toscana; pero los medios empleados respecto á los negociantes liorneses para obtener la declaración de las mercancías pertenecientes á los enemigos de Francia, sembraban gérmenes de descontento. Nápoles y Roma habían enviado agentes á París conforme á las condiciones del armisticio; pero la negociación de la paz se retardaba mucho: era evidente que para concluir esperaban las potencias los siguientes acontecimientos de la guerra. Los pueblos de Bolonia y de Ferrara seguían siempre tan exaltados por la libertad que habían obtenido provisionalmente; la regencia de Módena y el duque de Parma continuaban inmóviles, y Lombardía esperaba con ansiedad el resultado de la campaña. Habíanse hecho vivas instancias al Senado de Venecia con el doble objeto de hacerle contribuir al proyecto de cuádruple alianza, proporcionando así un útil auxiliar al ejército de Italia. Además de las negociaciones directas, nuestros embajadores en Constantinopla y Madrid habían entablado otras indirectamente insistiendo en las ventajas del proyecto; pero todos estos pasos fueron inútiles. Venecia aborrecía á los franceses desde que los vió en su territorio, observando que sus ideas se propagaban por las poblaciones; y lejos de atenerse á la neutralidad desarmada, se armaba por el contrario con actividad. Había dado orden á los comandantes de las islas para que enviaran á las lagunas los regimientos esclavones de Iliria. El proveedor de Bérghamo armaba secretamente á los campesinos supersticiosos é intrépidos del Bergamasco, y recogíanse fondos por el doble conducto de las contribuciones y de los donativos voluntarios.

Bonaparte pensó que en aquel momento era preciso disimular con todo el mundo; proseguir lentamente las negociaciones, tratando de no concluir nada, y fingir ignorar todas las medidas hostiles, hasta que nuevos combates hubieran decidido en Italia nuestro establecimiento ó expulsión. Era preciso no agitar las cuestiones que debían tratarse con Génova, y hacerla creer que se estaba contento con las satisfacciones obtenidas, á fin de encontrarla como amiga en caso de retirada. También se debía contentar al duque de Toscana, por la conducta observada en Liorna. Bonaparte no creía seguramente que conviniese dejar un hermano del emperador en aquel ducado; mas no quería alarmarle aún.

Habiendo expedido los comisionados del Directorio, Garreau y Salicetti, un acuerdo para que marchasen los emigrados franceses de los alrededores de Liorna, Bonaparte les escribió una carta en que, sin consideración á su calidad, reprendíales severamente por haberse extralimitado en sus poderes, disgustando al duque de Toscana y usurpando en sus Estados la soberana autoridad. Respecto á Venecia, quería también conservar el *status quo*; pero quejábale altamente de algunos asesinatos cometidos en los caminos y de los preparativos que veía hacer á su alrededor. El estar siempre en continua disputa no tenía más objeto que continuar alimentando á su ejército, obteniendo un motivo para imponer á la república una contribución de algunos millones si llegaba á triunfar de los austriacos. «Si soy vencedor, escribía, bastará una simple estafeta para vencer todas las dificultades que me susciten.»

El castillo de Milán había caído en su poder, entreándose prisionera la guarnición; y toda la artillería se transportó delante de Mantua, donde se reunía un material considerable. Hubiera querido terminar el sitio de esta plaza antes que llegase el nuevo ejército austriaco para recobrarla; pero tenía poca esperanza de conseguirlo, y sólo ocupaba en el bloqueo el número de tropas indispensablemente necesario, á causa de las fiebres que desolaban los alrededores. Sin embargo, estrechaba la plaza de cerca, é iba á intentar una de aquellas sorpresas que, según sus expresiones, dependían de una oca ó de un perro; pero el descenso de las aguas del lago impidió el paso de los barcos que debían conducir tropas disfrazadas. Desde entonces renunció por el momento á hacerse dueño de Mantua; por otra parte llegaba Wülmser, y era preciso atender á lo más urgente.

El ejército, que entró en Italia con treinta y tantos mil hombres, sólo había recibido pequeños refuerzos para reparar sus pérdidas. De los Alpes llegaron nueve mil hombres; pero las divisiones tomadas del ejército de Hoche no habían podido atravesar la Francia. Gracias á este refuerzo de nueve mil hombres, y á los enfermos que salieron de los depósitos de la Provenza y del Var, el ejército reparó los efectos del fuego y hasta se aumentó, contando casi con unos cuarenta y cinco mil hombres, diseminados en el Adige y alrededor de Mantua cuando Bonaparte volvió de su excursión á la península. Las enfermedades que se declararon entre los soldados delante de Mantua redujeron el número á unos cuarenta ó cuarenta y dos mil hombres; y esta era su fuerza á mediados de termidor (fin de julio). Bonaparte había dejado solamente depósitos en Milán, Tortona y Liorna; y después de poner fuera de combate á dos ejércitos, uno de piemonteses y otro de austriacos, debía combatir con un tercero, más formidable que los anteriores.

Wülmser llegaba á la cabeza de sesenta mil hombres; treinta mil procedían del Rhin, formando tropas excelentes, y los demás eran restos de Beaulieu y batallones llegados del interior de Austria. En Mantua estaban encerrados más de diez mil hombres sin contar los enfermos; así es que el ejército se componía de más de setenta mil. Bonaparte tenía cerca de diez mil alrededor de Mantua, y no podía oponer sino unos treinta mil á los sesenta mil que iban á desembocar por el

Tirol. Atendida la desigualdad de fuerzas, era necesaria una gran bravura en los soldados y un genio muy fecundo en el general para equilibrar la balanza.

La línea del Adige, á la que tanta importancia daba Bonaparte, iba á ser el teatro de la lucha. Ya hemos dado á conocer las razones por las que aquel general la prefería á cualquier otra: el Adige no tenía la longitud del Po ó de los ríos que dirigiéndose á éste confunden su línea con la de él; descendía directamente al mar, después de un curso de poca extensión, no era vadeable y no se podía franquear en el Tirol como el Brenta, el Piave y los ríos más avanzados hacia la extremidad de la alta Italia. Ese río ha sido el teatro de tan grandiosos acontecimientos, que no puede menos de interesar su descripción.

Las aguas del Tirol forman dos líneas, la del Mincio y la del Adige, casi paralelas, y que se apoyan una en otra. Una parte de estas aguas forma en las montañas un vasto lago prolongado llamado de Garda; salen en Pescara para cruzar la llanura de Mantua, constituyen el Mincio y después un nuevo lago alrededor de Mantua, y van á verterse al fin en el Po inferior. El Adige, formado por las aguas de los altos valles del Tirol, corre más allá de la línea anterior; baja á través de las montañas paralelamente al lago de Garda; desemboca en la llanura en los alrededores de Verona; deslízase después en sentido paralelo al Mincio; abre un lecho ancho y profundo hasta Legnago; y á pocas leguas de esta ciudad, dejando de estar encajonado, puede producir inundaciones infranqueables, que interceptan todo el espacio comprendido entre Legnago y el Adriático. Tres caminos se presentaban al enemigo: el uno, franqueando el Adige por la altura de Roveredo, antes del nacimiento del lago de Garda, contorneaba este lago, desembocando detrás de Salo, Gavardo y Brescia; los otros dos, partiendo de Roveredo, seguían las dos orillas del Adige en su curso á lo largo del lago de Garda. Uno de ellos, costeaendo la orilla derecha, circulaba entre este río y el lago, pasaba á través de las montañas, é iba á desembocar en la llanura, entre el Mincio y el Adige; el otro, siguiendo la orilla izquierda, desembocaba en la llanura hacia Verona, terminando así sobre el frente de la línea defensiva. El primero de los tres, el que franquea el Adige antes del nacimiento del lago de Garda, ofrecía la ventaja de franquear á la vez las dos líneas del Mincio y del Adige, pasando por la retaguardia del ejército que las guardaba, mas no era muy practicable; era sólo accesible para la artillería de montaña, y por lo tanto podría servir para una división, mas no para una operación principal. El segundo, bajando de las montañas entre el lago y el Adige, pasaba el río en Rivalta ó en Dolce, puntos donde estaba poco defendido; pero circulaba por las montañas á través de posiciones fáciles de proteger, tales como las de la Corona y de Rívoli. El tercero, en fin, circulando más allá del río hasta el centro de la llanura, desembocaba exteriormente é iba á caer hacia la parte mejor defendida de su curso, desde Verona á Legnago.

Así, pues, los tres caminos ofrecían dificultades muy grandes: el primero sólo podía ser ocupado por un destacamento; el segundo, pasando entre el lago y el río, daba sobre las posiciones de la Corona y de Rívoli; y el tercero contra el Adige, que desde Verona á Legna-

go tiene un lecho ancho y profundo y está defendido por dos plazas situadas á ocho leguas de distancia una de otra.

Bonaparte había situado al general Sauret con tres mil hombres en Salo, para guardar el camino que desemboca por detrás del lago de Garda. Massena, con doce mil, interceptaba el que pasa entre el lago de Garda y el Adige, ocupando las posiciones de la Corona y de Rívoli. Despinois, con cinco mil, estaba en los alrededores de Verona; Augereau, con ocho mil, en Legnago, y Kilmaine, con dos mil caballos y la artillería

vefase expuesto á ser derrotado de frente, quedando cortada la línea de retirada.

La fama precedía á Wülmser: en toda Italia esperaba su llegada, y el partido enemigo de la independencia italiana manifestaba tanta alegría como atrevimiento. Los venecianos dejaron rebosar una satisfacción que no podían contener ya; y los soldados esclavones corrían por las plazas públicas y alargaban la mano á los transeuntes, pidiendo el precio de la sangre francesa que iban á verter. En Roma fueron insultados los agentes de Francia; el papa, enardecido por la es-



Wülmser

ligera, hallábase de reserva en una posición central, en Castel-Novo. Aquí tenía Bonaparte su cuartel general, á fin de estar á igual distancia de Salo, Rívoli y Verona; y como manifestaba gran preferencia por este último punto, por tener tres puentes sobre el Adige, y desconfiaba además de las intenciones de Venecia, pensó en mandar salir los regimientos esclavones. Pretendía que estaban en abierta hostilidad con las tropas francesas, y bajo el pretexto de evitar conflictos, hízoles abandonar la plaza. El proveedor obedeció, y sólo quedó en Verona la guarnición francesa.

Wülmser había establecido su cuartel general en Trento y Roveredo, y en seguida destacó veinte mil hombres al mando de Kasdanovich, para tomar el camino que costea el lago de Garda, é ir á desembocar en Salo; mientras que seguido él de cuarenta mil, distribuyólos en los dos caminos que costean el Adige. Los unos debían atacar la Corona y Rívoli, desembocando los otros sobre Verona. De este modo creía cerrar al ejército francés, que hallándose atacado á un tiempo sobre el Adige, y por detrás del lago de Garda,

peranza de verse libre próximamente, hizo retroceder los coches que llevaban la primera cantidad de la contribución que se le había impuesto y hasta retiró su legado de Ferrara y Bolonia. Por último, la corte de Nápoles, siempre tan insensata, hollando las condiciones del armisticio, destacó tropas á las fronteras de los Estados romanos.

Reinaba la más cruel ansiedad, por el contrario, en las ciudades afectas á Francia y á la independencia, y esperábanse impacientemente noticias del Adige. La imaginación italiana, que lo aumenta todo, había exagerado la desproporción de nuestras fuerzas; decíase que Wülmser llegaba con dos ejércitos, uno de sesenta mil hombres y el otro de cuarenta mil; preguntábase cómo se arreglaría aquel puñado de franceses para resistir á tan considerable número de enemigos; y se repetía el famoso proverbio de que *Italia era la tumba de los franceses*.

El 11 termidor (29 julio) los austriacos se hallaron en presencia de nuestros puestos avanzados y los sorprendieron todos. El cuerpo que había franqueado el

lago de Garda llegó a Saló, donde rechazó al general Sauret; el general Guyeux se quedó solo con algunos centenares de hombres, encerrándose en un antiguo edificio del cual rehusó salir, aunque no tenía pan ni agua ni apenas municiones. En los dos caminos que costean el Adige, los austriacos avanzaron con la misma ventaja; forzaron la importante posición de la Corona entre el Adige y el lago de Garda, y franqueando después igualmente el tercer camino, fueron á desembocar delante de Verona. Bonaparte recibía todas estas noticias en su cuartel general de Castel-Novo. Sucediéndose los correos sin descanso, y al día siguiente, 12 termidor (30 julio), supo que los austriacos se habían dirigido desde Saló á Brescia, cortándole la retirada por Milán; que la posición de Rívoli quedaba forzada como la de la Corona, y que los austriacos iban á pasar el Adige por todas partes. En tan alarmante situación, habiendo perdido la línea defensiva y la de retirada, difícil era que no se inquietase. Sufría la primera prueba de la desgracia; y ya fuese porque le impuso la enormidad del peligro ó porque estaba dispuesto á tomar una determinación temeraria, quiso compartir la responsabilidad con sus generales; pidiéndoles parecer por primera vez, y reunió un consejo de guerra. Todos opinaron por la retirada: sin punto de apoyo ante sí, y habiendo perdido uno de los dos caminos de Francia, ninguno creía prudente resistir. Sólo Augereau, para quien fueron aquellos días los más hermosos de su vida, insistió tenazmente en probar la suerte de las armas. Era joven y fogoso; había aprendido en los arrabales á hablar el lenguaje de los campamentos, y declaró que tenía buenos granaderos que no se retirarían sin combatir. Poco capaz de juzgar sobre los recursos que ofrecían aún la situación de los ejércitos y la naturaleza del terreno, sólo escuchaba su valor, y exaltó con su ardimiento guerrero el genio de Bonaparte. Este último despidió á sus generales sin manifestar su parecer, pero ya tenía formado su plan. Aunque se hubiera forzado la línea del Adige y flanqueado la del Mincio y del lago de Garda, el terreno era tan ventajoso, que ofrecía aún recursos á un hombre resuelto y de genio.

Los austriacos, divididos en dos cuerpos, bajaban á lo largo de las dos orillas del lago de Garda; efectuábase su unión en la punta de aquél, y llegados allí, tenían sesenta mil hombres para agobiar á treinta mil. Pero concentrándose en la punta del lago, impedíase su unión; y si se formaba con bastante rapidez un cuerpo principal, se podría arrollar á los veinte mil que flanquearon el lago, volviendo al punto hacia los cuarenta mil que habían desfilado entre el lago y el Adige. Sin embargo, para ocupar la punta del lago era preciso traer todas las tropas del bajo Adige y del bajo Mincio; Augereau debería retirarse de Legnago y Serrurier de Mantua, pues no se podía sostener una línea tan extensa. El sacrificio era grande, porque se sitiaba á la ciudad hacia dos meses; habíase transportado un considerable material; la plaza iba á rendirse, y dejándola abastecerse, perdíase el fruto de tantos trabajos y una presa casi segura. Bonaparte no vaciló, sin embargo, y entre dos objetos importantes, supo elegir el que lo era más, sacrificando el otro: resolución sencilla que revela, no al gran capitán, sino al grande hombre. No sólo en la guerra, sino también en la política y en todas las situa-

ciones de la vida se hallan dos objetos que no se consiguen por querer obtener los dos.

Bonaparte tuvo esa fuerza tan grande y tan rara de que se necesitaba para hacer la elección y el sacrificio. Si hubiese querido conservar toda la corriente del Mincio desde la punta del lago de Garda hasta Mantua, habría sido atravesada, y concentrándose sobre este último punto para cubrirle le hubiera sido preciso combatir á la vez contra setenta mil hombres, de los cuales le atacarían sesenta mil de frente y diez mil por la espalda. Sacrificó, pues, á Mantua, y concentróse en la punta del lago de Garda. Al punto se dió la orden á Augereau para salir de Legnago, y á Serrurier para que abandonara á Mantua, á fin de concentrarse hacia Valleggio y Pescara, en el alto Mincio. En la noche del 13 termidor (31 de julio) Serrurier quemó sus cureñas, clavó sus cañones, enterró sus proyectiles, y arrojó la pólvora al agua para ir á reunirse con el ejército de operaciones.

Bonaparte quiso marchar desde luego sin perder un momento contra el cuerpo enemigo más internado y más peligroso por la posición que tomó: era el que componían los veinte mil hombres de Kasdanovich, que habiendo desembocado por Saló, Gavardo y Brescia, por detrás del lago de Garda, amenazaban la comunicación con Milán. El mismo día en que Serrurier dejaba á Mantua, el 13 termidor (31 de julio), Bonaparte retrocedió á fin de atacar á Kasdanovich, y repasó el Mincio en Pescara con la mayor parte de su ejército; y Augereau franqueó por Borghetto el mismo puente testigo de una acción gloriosa en el momento de la primera conquista. Dejáronse fuerzas á retaguardia para observar la marcha del enemigo que había pasado el Adige, y Bonaparte mandó al general Sauret que fuese á auxiliar al general Guyeux, encerrado en un antiguo edificio con mil setecientos hombres, sin tener pan ni agua, y batiéndose heroicamente hacia dos días. Resolvió marchar él mismo á Lonato, donde Kasdanovich acababa de situar una división, y ordenó á Augereau que se dirigiese á Brescia para abrir de nuevo las comunicaciones con Milán. Sauret logró, en efecto, librar al general Guyeux rechazando á los austriacos á las montañas y haciéndoles algunos centenares de prisioneros. Bonaparte, con la brigada Dallemagne, no tuvo tiempo para atacar en Lonato á los austriacos, pues estos se le anticiparon; pero después de un encuentro muy reñido, rechazó al enemigo, entró en Lonato é hizo seiscientos prisioneros. Augereau marchaba, entretanto, contra Brescia, donde entró al siguiente día 14 termidor (1.º de agosto) sin disparar un tiro, rescatando algunos prisioneros que nos habían hecho y obligando á los austriacos á replegarse á las montañas. Kasdanovich, que creía estar á retaguardia del ejército francés y sorprenderle, quedó asombrado al ver en todas partes imponentes masas que hacían frente con tanto vigor. Poca gente había perdido, así en Saló como en Lonato; pero creyó deber hacer alto y no exponerse más hasta saber lo que hacía Wúrmser con la principal fuerza austriaca, como así lo verificó.

Bonaparte se detuvo también, porque el tiempo era precioso, y no convenía apresurar el éxito más de lo conveniente en aquel punto. Bastaba haber intimidado á Kasdanovich, y se debía volver para hacer frente

á Wúrmser, por lo cual retrocedió con las divisiones de Massena y Augereau. El 15 termidor (2 de agosto) situó á la división Massena en Puente-San-Marcos y la de Augereau en Monte-Chiaro, y las retaguardias que había dejado en el Mincio se convirtieron en vanguardias. Ya era tiempo de llegar, pues los cuarenta mil hombres de Wúrmser habían franqueado, no sólo el Adige, sino también el Mincio. La división Bayalitsch, que había amagado á Pescara con un destacamento y pasado el Mincio, avanzaba por el camino de Lonato; y la división Liptai, después de franquear el Mincio por Borghetto, rechazó desde Castiglione al general Valette. Wúrmser había ido con dos divisiones de infantería y una de caballería á levantar el sitio de Mantua: al ver nuestras cureñas reducidas á cenizas, los cañones clavados y las señales de una extremada precipitación, no consideró aquello como el cálculo del genio, sino una consecuencia del espanto; y poseído de alegría, penetró triunfalmente en la plaza que acababa de libertar el 15 termidor (2 de agosto).

De regreso á Puente-San-Marcos y á Monte-Chiaro, Bonaparte no se detuvo un momento: sus tropas no habían dejado de caminar, y él mismo estuvo siempre á caballo, resuelto á que se batieran al día siguiente por la mañana. Tenía frente á sí á Bayalitsch en Lonato y á Liptai en Castiglione, presentando entre los dos un frente de veinticinco mil hombres, á los cuales era preciso atacar antes que Wúrmser volviera de Mantua.

Sauret acababa de abandonar á Saló por segunda vez: Bonaparte envió de nuevo á Guyeux á fin de recobrar la posición y contener siempre á Kasdanovich; y después de adoptar estas precauciones en su izquierda y su retaguardia, resolvió marchar contra Lonato, seguido de Marsena, dirigiendo á Augereau á las alturas de Castiglione, abandonadas la víspera por el general Valette, á quien destituyó ante el ejército, para dar á todos sus oficiales una lección de firmeza. Al día siguiente, 16 (3 agosto), todo el ejército se puso en movimiento: Guyeux volvió á entrar á Saló, lo que hizo aún más imposible toda comunicación de Kasdanovich con el ejército austriaco; y Bonaparte avanzó sobre Lonato, pero su vanguardia fué derrotada, tomáronle algunas piezas y el general Pigeón quedó prisionero.

Orgulloso con este triunfo, Bayalitsch avanzó confiadamente, y extendió sus alas alrededor de la división francesa; proponíase dos objetos con esta maniobra: primeramente cercar á Bonaparte, y correrse después por su derecha para establecer comunicación con Kasdanovich, cuyos cañones tronaban en Saló. Bonaparte, sin cuidarse de su retaguardia, se dejó cercar con imperturbable sangre fría; destaca algunos tiradores sobre sus alas amenazadas; reuné después á la décimoctava y trigésima segunda media brigadas de infantería, las forma en columna cerrada, apóyalas con un regimiento de dragones, y precipítase con la cabeza baja contra el centro del enemigo, que se había debilitado para extenderse. Con su intrépida infantería derriba todo á su paso y atraviesa de este modo la línea de los austriacos, que divididos en dos cuerpos pierden al punto la cabeza. Una parte de la división Bayalitsch se repliega aceleradamente hacia el Mincio; pero la otra, que se había corrido para comunicarse con Kasdanovich, se rechazada hacia Saló, donde se hallaba Guyeux en aquel

momento. Bonaparte manda perseguirla sin descanso, para cogerla entre dos fuegos, impeliendo á Junot en su persecución con un regimiento de caballería. Junot se precipita al galope, mata seis jinetes por su mano, y cae herido de varios sablazos; pero la división fugitiva, cogida entre las fuerzas que se hallaban en Saló, y las que la perseguían desde Lonato, se disemina, declárase en derrota, y deja á cada paso miles de prisioneros. Entretanto Bonaparte se dirige por su derecha á Castiglione, donde Augereau se batía desde la mañana con admirable intrepidez: érale preciso apoderarse de las alturas donde se había situado la división Liptai; después de un combate obstinado, que se renovó varias veces, habíalo conseguido al fin, y al llegar Bonaparte, vió al enemigo que se retiraba en todas direcciones. Tal fué la batalla llamada de Lonato, que se trabó el 16 termidor (3 agosto).

Los resultados eran inmensos: se habían cogido veinte cañones, haciendo tres mil prisioneros á la división cortada en Saló, y perseguíase á los restos diseminados en las montañas. En Castiglione se hicieron mil ó mil quinientos prisioneros, matando é hiriendo á tres mil hombres, mientras que Kasdanovich, consternado al ver al ejército francés delante de Saló, y oyéndole también á lo lejos en Lonato, creía encontrarle por todas partes. También se habían desorganizado casi las divisiones Bayalitsch y Liptai, que se replegaban para reunirse con Wúrmser. Este general llegaba en el mismo momento con quince mil hombres para incorporarse á las dos divisiones batidas y comenzaba á extenderse en las llanuras de Castiglione. Bonaparte le vió al día siguiente, 27 (4 agosto), formarse en línea para aceptar el combate, y resolvió atacar de nuevo, empeñando la última batalla, que debía decidir de la suerte de Italia; mas para esto era necesario reunir en Castiglione todas las tropas disponibles. Dejó, pues, para el día siguiente 18 (5 agosto) esta batalla decisiva, y volvió á marchar á galope hacia Lonato, á fin de activar por sí mismo el movimiento de sus tropas. En pocos días había reventado cinco caballos: no se fiaba de nadie para la ejecución de sus órdenes; quería verlo y examinarlo todo por sus ojos, animarlo todo con su presencia. Así es como un alma grande se comunica á un inmenso número de hombres, haciéndoles participar de su fuego. Llegó á Lonato al mediodía, y ya comenzaban á ejecutarse sus órdenes; una parte de las tropas había marchado á Castiglione y las demás se dirigían hacia Saló y Gavardo, quedando cuando más unos mil hombres en Lonato. Apenas ha entrado Bonaparte, cuando se presenta un parlamentario austriaco; que viene á intimarle la rendición. Sorprendido el general, no comprende al pronto cómo es posible que se halle en presencia de los austriacos, mas no tarda en explicárselo. La división cortada la víspera en la batalla de Lonato, y rechazada hasta Saló, había sido cogida en parte; pero un cuerpo de cuatro mil hombres, poco más ó menos, anduvo errante por las montañas toda la noche, y vió á Lonato casi abandonado, trataba de penetrar para abrirse una salida sobre el Mincio. Bonaparte no tenía á su disposición en aquel momento más que unos mil hombres, y sobre todo, faltábale tiempo para empeñar el combate. Acto continuo manda montar á caballo á todos los oficiales que le acompañaban, y ordena que